

# LA MAQUETA DE NUESTRO SANATORIO

VIEJA; sucia, con el techo hundido y olvidada en un rincón del suelo, en el estudio de Arquitectos de la Constructora del Hogar, he encontrado la maqueta de nuestro Sanatorio. Me gusta mirarla despacio, detenidamente... me trae muchos recuerdos.

Ayer subí a verla y aprovechando mi soledad la pude observar tan profundamente que me metí dentro de ella. ¡Qué sucia estaba! El amplio hall se encontraba vacío. De un fuerte soplo lo dejé brillante, encerado, tal y como es.

Rápidamente me trasladé a unas cuantas habitaciones, saqué a sus moradores y los senté junto a las mesas jugando al ajedrez. Llenaban el recibidor de alegría y estaba más real.

Me acerqué a la centralita, cogí las clavijas a puñados, rebotando de ilusión, las enchufé a todos los cuartos, a cada dependencia. Decenas de lucecitas respondieron a mi llamada con un pestañeo alegre, anticipo de júbilo por mi saludo a todos.

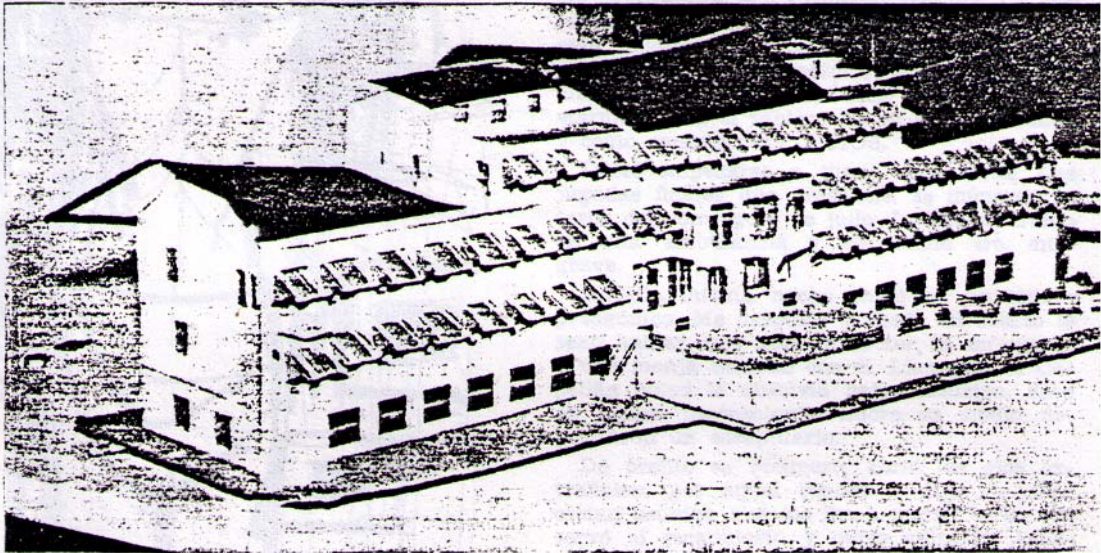
Después quise subir las escaleras de cartón, pero se acababan sin llegar a coronar la primera planta. Como el ascensor no funcionaba desistí de mi propó-

como sus paseos y como sus veladas artísticas es una novedad y una distracción que alegra y hace breve su estancia residencial.

Miré a sus rostros. Todos reían y adivinando sus deseos les añadí: "Les contaré otro y además les prometo seguir insistiendo para que el cine vuelva a proyectarse periódicamente".

Las galerías y sus terrazas se fueron empujando, la maqueta se iba quedando abajo y mi visión aumentaba su extensión, como quien se eleva en un avión. Eran mis piernas que doloridas en sus rodillas buscaban una posición más cómoda. Mi mirada se trasladó ahora a la granja, sin gallinas y sin cerdos. Vista así me recordaba esas tardes en que encaramado a una peña alternaba la lectura con la contemplación de toda la finca, de sus prados, las vacas, los pinos... la paz.

Recordé que olvidaba algo y me volví a agachar. Un rodeo rápido y visita a la cocina, al lavadero, a las dependencias del personal. De ese servicio abnegado que sabe ser un hermano más de la familia residencial y que con su agradable trato sustituye la ausencia de los afectos de nuestro hogar.



sito y me metí en el comedor. No tenía mesas ni platos, pero estaba amplio, luminoso... me acerqué a un ventanal y miré afuera; necesitaba saturarme de paisaje, de pinos, de montaña. Pero unas patas de mesa aquí, las de una silla en otro ventanal y el pie de un caballete de estudio sustituían a Siete Picos y Alto de los Leones, mientras que cartulinas extendidas por el suelo y una papelera tuve que transformarlos, en un alarde de arte moderno, en cientos de pinos. Pero era igual, estaba en el Sanatorio, en nuestro Sanatorio, en mi Sanatorio y estaba muy contento. Porque mi Sanatorio es distinto de los demás. No es un Sanatorio, es una Residencia, y como esto tampoco me satisface, diré que es una gran familia donde me querían todos, porque yo les amaba a todos y todos nos amábamos entre sí.

De pronto me encontré fuera, de rodillas y arrojando el toldo de una terraza. "No quiero que el sol le moleste, Sr. Burgos".

Aproveché para mirar las terrazas individuales, cada habitación la suya, y en las "chefs", abrigaditos porque ya hace frío, mis amigos los residentes de la Residencia Sanatorial Guadalupe. Levanté la voz y les grité: "Voy a contarles un chiste". Todos bajaron de tono sus aparatos de radio y escucharon alegres como niños, porque para ellos todo es novedad y distracción. Mi chiste, como sus juegos,

Me introduje por el quirófano y atravesé de la clínica a la sala de juegos con una mirada profunda que sólo me permitió decir adiós a cuatro señores con batas blancas que contemplaban unas radiografías. Por fin, me asomé a las habitaciones de aquellos que no había visto en sus terrazas. De esos que se han sometido a delicadas intervenciones quirúrgicas y que pronto tendrán la dicha de sentir sobre su cuello el abrazo cariñoso y la caricia de unas manitas infantiles.

De nuevo me levanté. Diez minutos habían bastado para hacerme vivir los recuerdos de unos meses de estancia. Mi reloj señalaba las doce cuarenta y cinco. Miré por última vez la maqueta y todavía volví a descender mi mirada hasta la Capilla. Recordé que a esa misma hora, ante el sagrario —la habitación del Jefe— y de rodillas, mirando a la Reina de los enfermos, estaban nueve monjitas que son la vida del Sanatorio. Para ellas y para el Capellán, sentí un impulso de agradecimiento porque supieron enseñarme la fecundidad apostólica del amor oculto en el silencio.

Vieja, sucia, con el techo hundido y olvidada en un rincón del suelo, en el estudio de Arquitectos de la Constructora del Hogar, he encontrado la maqueta de nuestro Sanatorio. Me gusta mirarla despacio, detenidamente... me trae muchos recuerdos.

ABELARDO DE ARMAS

CATOLICOS CONVERTIDOS  
AL CATOLICISMO

SU ULTIMA  
PARTIDA

UNO de los últimos números publicados por la Revista "El Ajedrez Español", señalaba el fallecimiento de un ajedrecista asturiano ocurrido el último pasado mes de julio. También describía una de sus partidas.

Lo que no se hacía constar —seguramente por ignorarlo— era su última partida. La que jugada a jugada seguimos con enorme emoción todos cuanto la contemplamos. La que desarrolló en un sanatorio de Guadarrama; cinco días de duración ante el reloj de la eternidad. En el tablero de un lecho y blanco y como contrincante... DIOS.

Debió empezarse a jugar años atrás. Las jugadas finales que presencié, se iniciaron la tarde del domingo 5 de julio. Le habían traído en una ambulancia y su estado era muy grave.

Aquella misma noche entró en un estado preagónico. Me desperté y desde mi cuarto le sentí hablar muy alto. El doctor, la enfermera y una monja estaban con él. Llamaron al Capellán quien le absolvió bajo condición, ante su estado inconsciente. Sobre su cuello depositaron un escapulario.

De pronto se recuperó, abrió los ojos, extrañados por aquel cuadro y dijo: —¿Qué creían ustedes, que me iba a morir?— Se observó el escapulario y quiso quitarlo. Asustaría a su madre; debió de conseguirlo porque al día siguiente ya no lo tenía.

¿Cuáles eran las ideas de José Luis? Las

"El más allá es distinto de lo que nos habíamos imaginado".

"Si yo creyera en Dios, hubiera sido santo".

ignorábamos. Había estado meses antes en el sanatorio sin que consiguiéramos descifrar el enigma de su extraña personalidad. Era muy inteligente, cultísimo. De sus treinta y tres años, muchos debió dedicarlos al estudio. Profundamente observador y reflexivo, sabía hacerse querer y trataba a todos con gran delicadeza.

Cuando a la mañana siguiente llegó su madre, una hermana la puso al corriente. Su hijo estaba muy grave. Ante nuestra inquietud por el estado de su alma, él respondía siempre con el silencio, o con un cambio hábil de conversación.

Mi hijo es bueno —decía—, fueron unos amigos los que le hicieron perder la fe.

Entré a verle con el doctor. Este intentó encerderle algún deseo de Dios. —No puedo creer— fue la respuesta.

Me quedé a solas con él cuando se fue el médico. Me reconoció con simpatía.

Entró la hermana Teresa que él apreciaba mucho. Al verla la miraba fijamente, mientras sus ojos se iban humedeciendo en lágrimas. Su madre le dijo: Mira, es la hermana que tanto recordabas en tu ausencia.

Ahora llorando, replicó: —Hermana, no piense que era por egoísmo, sino porque la admiro... Lloraba abundantemente y la señaló, se acercase mientras intentaba cogerla de las manos. La hermana le ofreció el crucifijo. También ella lloraba. Igual hacía su madre y un poco yo.

No quería besarlo y oscilaba la cabeza para apartarlo de su boca. Ante su insistencia de-

positó en él sus labios, mientras llorando decía: —Lo hago por mi madre y usted—. Ellas respondían amargamente: —No, por nosotras no, por El, por Cristo.

Observé que uno de los besos encerraba grandes deseos de creer y le señalé: —Ese amor que usted ve en su madre y admira en esta hermana, tan distinta de todas las mujeres que conoce en el mundo, es un reflejo de Dios. —No, me respondió, eso no es Dios.— Sin embargo...

Esa tarde llamó al Capellán y se confesó. No quiso recibir la extremaunción por encontrarse muy cansado. Después llamó por teléfono a sus amigos. Con una serenidad espan-

tosa, les habló: "Adiós... me voy y he querido despedirme de vosotros..."

Pronto llegaba uno de ellos, desde Madrid, profundamente emocionado.

Cuando su amigo llegó José Luis volvía a estar en crisis. No puedo olvidar la escena. Su madre y hermana salían a intervalos de la habitación para no llorar en su presencia.

Entró en plena agonía. Sin conocimiento, la boca desmesuradamente abierta y por respiración un ronquido; la nariz parecía alargársele y todo su color se iba tornando blanco al tiempo que escurría por su piel un sudor frío.

El doctor pidió una ampolla de algo. Se la puso y continuó sujetándole de la lengua para que ésta no le asfixiara. El Capellán le administraba los Santos óleos; yo le ayudaba. Al pie de la cama su amigo Roberto.

José Luis, como las noches anteriores, se recuperó de nuevo. Parecía regresar de algún sitio lejano. Reconoció a su amigo y con mucho interés le hizo acercarse hasta juntar ambos sus cabezas. Le decía: "¿Roberto, me oyes bien...? Oye... el más allá es distinto de lo que nos habíamos imaginado...". Se lo volvió a repetir con voz entrecortada y le añadió: "Vaya revolución que hemos organizado en la creación... He estado en el camino de lo infinito..."

El doctor le hizo descansar.

Más tarde llamó a su madre. Una monja y yo estábamos con él. ¡Mamá! y comenzó a llorar... "Qué feliz soy, qué feliz soy. Todo mi tráfigo de dudas se ha disipado en un instante... Todo lo que veía tan oscuro, ahora lo veo blanco, muy blanco, como eso —señalaba la toca de la hermana—. Era todo tan sencillo como sacar una chinita de un hoyo".

Muy contento me fui a acostar.

Al día siguiente me llamó. Me preguntó lo que había pasado la noche antes. Parecía no acordarse de nada. Se lo conté todo. Hizo salir a su madre y me dijo: —Yo no creo, ¿sabes?, no tengo fe—. Lo sé; le contesté.

—Pero es que me he confesado.

—¿Se acuerda usted de eso? —Sí, respondió—, lo he hecho porque yo no quiero que mi madre sufra. Sé que me muero y no quiero

que a mi madre le quede el dolor enorme de un hijo que murió impenitente y que se fue al infierno para siempre.

—Si usted por amor a su madre ha confesado, también lo hubiera hecho si creyese en Dios, ¿no es así? —Si yo creyera en Dios hubiera sido santo.

—No se preocupe, quiera creer, pida fe a Dios.

—Es que no puedo rezar. Yo tuve fe, pero la perdí, después he buscado mucho a Dios. He mirado arriba... y vacío. Abajo... y vacío, nunca le he encontrado, aunque quisiera tener fe como la más humilde de las beatitas.

—Bien, le dije, pues siga queriendo creer, Dios le dará la fe porque Dios es Padre.

Las veinticuatro horas siguientes pareció mejorar. Seguía incrédulo. Llamó al Capellán y le habló poco más o menos como a mí. Quedó en volver a llamarle. —

Aquella tarde vinieron sus amigos. Se quedó a solas con ellos y les contó otra vez lo mismo. Quiso mantener su postura atea hasta el final, pero comprendía que estaba a punto de tumbar el rey de su ateísmo.

Poco a poco el contrario —DIOS— le iba cercando. No había más remedio. El jaque mate se lo dieron sus amigos, los que habían pensado como él, los que tampoco tenían fe. Pero que ahora le decían: ¡Cree!

Roberto me confesó el día del entierro, que la noche que le habló del más allá comprendió que José Luis le hablaba de algo que acababa de ver, de algún sitio en el que había estado y del que retornaba.

Al fin José Luis llamó al Capellán. Rogó le indicara lo que tenía que hacer.

Rezar, fue la respuesta. Vas a pedir fe.

José Luis no se acordaba de rezar. El padre le ayudó y juntos repitieron el "Padre nuestro que estás en los cielos...".

Una inmensa paz iba llenando su alma. Cerró los ojos y el padre le volvió a dar la absolución condicional. Le dejó descansando.

Estoy seguro que José Luis soñó con su ajedrez, con aquel tablero magnético que tenía y con el que se entretenía en su cama.

Observó la situación de la partida... miró al contrario. Aquel Rey y aquella Reina estaban muy bien situados. Tumbó sus fichas. Sonrió y dijo: Has vencido Campeón. Y se fue a estrechar su mano.

Eran las tres de la mañana del 11 de julio.

Cuando me llamaron y entré en su cuarto pensé: Buena partida. La Virgen acaba de estar aquí para limpiar el tablero. Me acerqué a José Luis, su rostro reflejaba la satisfacción de quien pierde ganando.

En su cuello tenía el escapulario. Era sábado. Buen día para empezar a vivir.

A. DE A.